

Epicuro y Lucrecio en la polémica de Tertuliano y Lactancio

Epicuro había ensayado entre la Escila de la Mitología y la Caribdis de la Religión astral la única teología posible que salvara a las divinidades de las extravagancias de ambas. Tiempo después, san Agustín, a cuestas siempre con el drama irresuelto del dualismo que atormentaba su alma, incluso tras la conversión, confesará que en la época de su juventud estuvo a punto de conceder sus simpatías a Epicuro, pero desistió de ello porque el filósofo pagano descartaba la inmortalidad del alma. Con esto dejaba patentes dos cosas san Agustín: la primera, el difícil puente entre Cristianismo y Epicureísmo; la segunda, la cierta fascinación que la elevada enseñanza del profeta, pese al tiempo transcurrido, producía aún en los espíritus inquietos por la verdad. Frente al miedo y pavor que las creencias extendidas acerca de los dioses procuraban a los hombres, Epicuro levantaba sus ojos al cielo para alzarnos con su victoria hasta los niveles de una religiosidad pura y apacible. La contemplación sosegada y no el temor debería ser el comportamiento de los humanos para con los dioses en su tranquila y serena paz. Pero la limitación antes expuesta y el 'aprovidencialismo' impedían que el raudal de luz que podía desprenderse del Epicureísmo, fuera admitido sin más por los autores cristianos, empeñados en el ardor de su polémica. Esto en el plano general. En el particular, resultará interesante repasar la actitud de Tertuliano y de Lactancio ante Epicuro y su portavoz romano, Lucrecio, por cuanto aquéllos fueron los relevantes fautores de la teología del Dios airado, lo cual llevaba a un encontronazo frontal con el dogma de la 'ataraxia' divina, propugnado por los Epicúreos.